

dole á las preguntas que le hizo acerca de su padre y acerca de ella misma, cuando supo que aquel soldado era de San Sebastian. El natural despejo del finjado jóven le captó la simpatía de D. Miguel, que lo llevó á su bandera, y en ella estuvo cerca de tres años. Al cabo de ellos despertáronse los celos del capitán y hermano de Doña Catalina por suponer que le enamoraba á su querida, enviando á la ex-novicia al extremo de la frontera del país conquistado, al puente de Jaycaby, peligrosísimo puesto porque habia que estar en continua lucha con los indios. Aquella circunstancia puso á la varonil guipuzcoana en ocasion de demostrar su heroico esfuerzo, pues como viese en uno de los frecuentes encuentros en que tomaba parte, que los indios llevaban arrastrando la bandera de su compañía, se arrojó sobre ellos, luchó con todos, mató al cacique y recuperó la bandera. Muchas heridas, de que sanó bien pronto y el grado de alférez en la compañía de Gregorio Rodriguez, fueron las consecuencias de aquella hazaña.

Durante cinco años la *monja alférez* distinguióse en todas las campañas y correrías que en aquellas apartadas regiones sostenian los tercios á que estaba agregada. En la batalla de Puren, á falta de su capitán, tomó el mando de la compañía, y hubiera sido elevada á este empleo, si la misma violencia de su carácter no la hubiera arrastrado á condenar á la horca á un gefe indio, que el gobernador tenia empeño en conservar, por serle mas útil prisionero que muerto. Habiendo regresado á la Concepcion, y haciendo la vida airada que acostumbraba, tuvo en una casa de juego una quimera: desafió de sus resultados á un compañero; le mató: quisieron reducirla á prision; tomó asilo en una iglesia; y su buena suerte sacóle por último á salvo de aquel nuevo trance.

Poco despues, su amigo y compañero el alférez D. Juan de Silva le buscó para que fuera su padrino aquella noche en un duelo que iba á tener con D. Francisco de Rojas del hábito de Santiago. Nuestro fingido alférez, que nunca estaba tan en su elemento como viendo dar ó dando cintarazos, aceptó gustoso. Llegaron al lugar de la cita, co-

menzó el duelo; y como los padrinos quisieran defender á sus ahijados, pusieron todos mano á las espadas, se acometieron mutuamente, y en medio del tumulto y del combate, resultó herido y muerto el Don Francisco, que para mas agravar la situacion resultó ser el propio hermano de Catalina, el capitán D. Miguel de Erauso.

Nuevas persecuciones y nuevo asilo en sagrado siguieron á tal desgracia. Persiguió el gobernador al inquieto alférez con deseo de castigar sus demasias; pero escapándose aquel del convento en que se habia refugiado, partió para el Tucuman, siguiendo la cordillera de los Andes. Trabajos y penalidades sin cuento sufrió en este nuevo viage, lleno todo él de inauditas aventuras, hasta que llegó al Potosi donde entró al servicio militar, distinguiéndose en todas las expediciones contra los indios por su heroico valor. En la ciudad de La Plata vióse complicado en cierta sangrienta riña de dos señores de que resultó ponerle preso y á cuestion de tormento; pero aquel indomable carácter supo resistirlo sin declarar una palabra, y quedó absuelto luego.

Repetidos lances despues de estar en libertad aumentaron su fama hasta llegar el caso de matar á un portugués, por lo cual se le condenó á muerte. Casi al pié del patibulo y por una feliz combinacion se vió libre; pero lejos de aprovecharse de aquel beneficio que la Providencia le concedia, volvió á comprometerse en otra porcion de lances, desafíos y quimeras, de los cuales vamos á referir uno de los mas notables, tal como ella lo relata.

«Entréme un dia en casa de un amigo á jugar, sentámonos dos amigos; fué corriendo el juego, arrimóse á mí el nuevo Cid que era un hombre moreno, veloso, muy alto, que con la presencia espantaba y llamábanle el Cid. Proseguí mi juego, gané una mano, y entró la mano en mi dinero, y sacóme unos reales de á ocho, y fuése. De allí á poco volvió á entrar; volvió á entrar la mano, y sacó otro puñado, y puso-seme detrás; previne la daga: proseguí el juego; volvíome á entrar la mano al dinero: sentíle venir, y con la daga clavéle la mano sobre la mesa. Levantéme, saqué la espada, sacáronla los presentes,

acudieron otros amigos del Cid, apretáronme mucho, y diéronme tres heridas; salí á la calle y tuve ventura, que sinó, me hacen pedazos; salió el primero tras mí el Cid; tiréle una estocada; estaba armado como un reloj: salieron otros y fuéronme apretando... Llegando cerca de San Francisco me dió el Cid por detrás con la daga una puñalada que me pasó la espalda por el lado izquierdo de parte á parte; otro me entró un palmo de espada por el lado izquierdo, y caí en tierra echando un mar de sangre. Con esto unos y otros se fueron; yo me levanté con ansias de muerte y vide al Cid á la puerta de la iglesia, fuime á él y él se vino á mi diciendo; «Perro ¿todavía vives?» Tiróme una estocada y apartéla con la daga, y tiréle otra con tal suerte, que se la entré por la boca del estómago atravesándolo, y cayó pidiendo confesion: yo cai tambien...»

A pesar de tantas y tan graves heridas Catalina curó de ellas y ya fué objeto de las persecuciones de los oficiales de justicia, pues sus escándalos y excesos eran tales que se habian enviado requisitorias por todas partes en su busca. Sola y sin mas recursos que su audacia y su poderoso brazo, burlaba siempre á sus perseguidores sosteniendo luchas cuerpo á cuerpo contra ellos, y logrando de esta manera salir del Cuzco y llegar á Guamanga. Allí tambien la alcanzaron las pesquisas del gobernador, y cuando noticiosa de ellas iba á burlarlas, nuevo lance puso fin por entonces á sus duelos, quimeras y locuras.

«Salí un dia á boca de noche, escribe, y á breve rato quiere mi desgracia que topo con dos alguaciles: pregúntanme ¿qué gente? y respondo, amigos: pidenme el nombre, y digo, el diablo, que no debí decir: vanme á echar mano; saco la espada y ármase un gran ruido: ellos dan voces, diciendo favor á la justicia: va acudiendo gente; sale el corregidor que estaba en casa del obispo: avánzanme mas ministros: hállome affigida, y disparo una pistola, y derribo á uno: crece mas el empeño, hállome al lado á aquel vizcaino mi amigo y otros paisanos con él; daba voces el corregidor que me matasen: sonaron muchos traguidos de ambas partes: salió el obispo con cuatro hachas, y entróse por medio: encaminólo hácia mí el secretario Juan Bautista

de Artiaga: llegó y dijome: señor alferez, deme las armas: dije, señor, aquí hay muchos contrarios: dijo, démelas, que seguro está conmigo, y le doy palabra de sacarle á salvo aun que me cueste cuanto soy: dije, Señor Ilustrisimo, en estando en la iglesia besaré los piés de V. S. Itma. En esto me acometen cuatro esclavos del corregidor, y me aprietan tirándome ferozmente sin respeto á la presencia de Su Itma., de modo que defendiéndome hube de entrar la mano y derribar á uno: acudióme el secretario del Señor Obispo con espada y broquel con otros de la familia, dando muchas voces, ponderando el desacato en presencia de Su Itma., y cesó algo la puja. Asíome Su Itma., por el brazo, quitóme las armas, y poniéndome á su lado, me llevó consigo, y entróme en su casa; hizome luego curar una pequeña herida que llevaba y mandóme dar de cenar y recoger, cerrándome con llave que se llevó.»

«A la mañana como á las diez, Su Itma., me hizo llevar á su presencia y me preguntó quien era y de donde, hijo de quien, y todo el curso de mi vida y causas y caminos por donde vine á parar allí; y fué en esto desmenuzando tanto, y mezclando buenos consejos, y los riesgos de la vida, y espantos de la muerte, y contingencias de ella, y el asombro de la otra, si no me cogia bien apercebido, procurándome sosegar y reducir á aquietarme y arrodillarme á Dios que yo me puse tamañito; y descúbrome, viendo tan santo varon, y pareciendo estar yo en la presencia de Dios, y dígole: Señor, todo esto que he referido á V. S. I. no es asi: la verdad es esta: que soy muger: que nací en tal parte, hija de fulano y sutano, que me entraron de tal edad en tal convento, con fulana mi tia: que allí me crié: que tomé el habito: que tuve noviciado: que estando para profesar, por tal ocasion, me salí: que me fuí á tal parte, me desnudé, me vestí, me corté el cabello, partí aquí y acullá, me embarqué, aporté, traginé, maté, herí, maleé, correteé, hasta venir á parar en lo presente y á los piés de Su Señoría Ilustrisima.»

Despues de esta confesion la monja alferez (que ya no fué conocida por otro nombre) fiel á los consejos del obispo de Guamanga, fray

Agustin de Carvajal; entró en el convento de Santa Clara, no sin que antes hubiese el prelado dispuesto, que la reconociesen matronas para asegurarse de la verdad de su confesion, las cuales declararon bajo juramento, «ser muger, y haberla hallado intacta como el dia de su nacimiento.»

Llamada por el arzobispo de Lima cinco meses despues, llegó á esta ciudad, escitando su presencia la curiosidad que es de suponer. Allí estuvo en el convento de la Santísima Trinidad dos años y medio: llegaron de España los documentos que acreditaban no ser monja profesa; con lo cual y despertando de nuevo sus antiguos instintos y aficiones, salióse del convento, se embarcó para su patria, llegó á Cádiz, vistióse su antiguo uniforme de alférez, pasó á Sevilla y de allí á Madrid, en 1625, donde fué presentada al Rey, quien á consulta del Consejo de Indias le concedió una pensión.

Bien pronto se cansó de la vida pacífica que llevaba, y dejando á Madrid se embarcó para Génova, viajó por Roma y Nápoles, regresó á España y pasó de nuevo á Méjico, donde debió morir, pues no vuelve á tenerse noticia de aquella muger singular.

La historia escrita por ella misma, llega hasta poco despues de su expedicion á Nápoles en el mes de Julio de 1626; y confirmada su existencia por historiadores contemporáneos, tales como el verídico maestro Gil Gonzalez Dávila, que afirma haberla visto y tratado en Madrid, ha pasado la memoria de sus hechos á la posteridad conservada por la mayor parte de nuestros escritores, inspirando á la musa del célebre poeta Juan Perez de Montalvan una comedia, que gozó gran boga en su tiempo.

MARIA DE ESTRADA.

Esta muger no menos valiente que la anterior, pero de vida mas arreglada, fué esposa de Pedro Farfan, soldado que militó bajo la conducta de Hernan Cortés en la conquista de Nueva España. Acompañó en esta guerra á su marido, y fué la admiracion de cuantos la veian á su lado pelear, triunfando valerosamente de sus enemigos. A caballo, y blandiendo su poderosa lanza, igualaba en esfuerzo al soldado mas valeroso y diestro en el arte militar.

Desgraciadamente y á pesar de la justa celebridad que alcanzó su nombre, la historia no nos ha trasmitido mas noticias, que las ya apuntadas, acerca de su vida.